

viene a exigir una observancia de la libertad de los grupos humanos en cualquier grado de la escala social» (118), aunque es evidente que «la libertad exige siempre un tanto de tolerable imperfección técnica» (119), pues, como dice San Pablo. «todo es lícito, pero no todo conveniente (I Cor. 6, 12).

El desarrollo prospectivo de tal programa lo hace en doce puntos concretos en los que no duda en comprometerse. Pero termina señalando que, «en definitiva, puede haber una guerra mundial o puede no ser ésta necesaria, pero, en todo caso, el nuevo orden sólo puede venir por la "violencia de Dios", la *theoubia*..., como sería la de inesperadas conversiones "tumbativas" que no han de ser necesariamente singulares, como la sufrida por Saulo en el Camino de Damasco. En todo caso es el mismo Dios el que nos habla de una victoria final de Cristo Rey, y las victorias implican siempre la violencia: para un nuevo orden, una nueva violencia», son las palabras finales de esta interesantísima y absolutamente original obra de Alvaro d'Ors.

ANTONIO SEGURA FERNS.

**Xavier, Adro: JUNIPERO SERRA (\*)**

Con extraordinaria oportunidad, pues posiblemente este año sea beatificado por Juan Pablo II en su próximo viaje a los Estados Unidos el franciscano mallorquín fray Junípero Serra, Adro Xavier acaba de publicar la biografía de este singular personaje que es a la vez gloria de España y de la Iglesia y cuya estatua representa al Estado de California en la galería de la fama del Capitolio de Washington.

Nación como la nuestra no suele enorgullecerse de sus grandes hombres y el desconocimiento que de ellos tiene la mayoría de los españoles es, más que notable, vergonzoso. Adro Xavier viene, desde hace años, empeñado en poner al alcance del lector medio español las vidas de compatriotas que no merecen nuestro olvido. Además, la ignorancia de sus virtudes, de sus hazañas, de sus heroísmos empobrecen a todo un pueblo que, a lo largo de toda su historia y hasta días recientes fue, por antonomasia, el pueblo de los santos y de los héroes.

Así, el Papa Luna, Francisco Suárez, el duque de Gandía, el abad Oliba, Luis de Requesens, Gelmírez y, ahora, fray Junípe-

(\*) Editorial Casals, Barcelona, 1986.

ro Serra han surgido de la fluida y brillante pluma del jesuita Adro Xavier más próximos, más nuestros y no por ello menos verdaderos.

Su última aventura literaria le ha llevado a un fraile mallorquín al que ningún contemporáneo hubiera augurado altos destinos. Humilde, piadoso, obediente, su vida no parecía iba a diferir de la de tantos miles de hermanos que se santificaron bajo el hábito franciscano pero sin dejar más huella en la historia.

De familia humilde y con apellidos claramente judíos, su abuela paterna se llamaba nada menos que Juana Abram Salom, nuestro fraile nació el 24 de noviembre de 1713 y fue bautizado con el nombre de Miguel José. Bautizado no para eludir persecuciones inquisitoriales y conservando en el fondo de su corazón la ley mosaica, sino por fe sentida y profunda, vivida en la familia desde hacía siglos. Un sobrino de fray Junípero sería también franciscano y un sobrino-nieto, párroco.

El niño resultó enfermizo, estudioso y con vocación y el 14 de septiembre de 1730, casi a los dieciséis años, vistió el hábito de San Francisco. Y cambió su nombre de pila por el tan franciscano de Junípero.

Aplicado en los estudios, pronto llegaría a ocupar la cátedra de «prima» del «sutil maestro» en la Universidad de Mallorca. Cátedra que debió desempeñar discretamente, sin especial pena ni gloria. Y sin descuidar su preocupación por el trato directo con las almas. El P. Palou, primer y capital biógrafo de fray Junípero, de quien fue amigo y compañero muchos años y que sirve a Adro Xavier de hilo conductor en su relato, nos dice que «se iba por las Cuaresmas a emplear en la conversión de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventiva y sonora voz con que Dios le había dotado, despertaba a los pecadores del pesado sueño del pecado y se convertían a Dios a pesar del mortal enemigo...».

Tras cinco años de docencia universitaria, en 1749 parte para las misiones de Nueva España. Cambio tan radical de vida no está documentado en su porqué. El hecho es que a fines de ese año nos lo encontramos en México inmerso en una vida aparente y realmente anodina de apostolado sacerdotal. Como tantos otros. Como la inmensa mayoría de sus hermanos.

Unos años en México capital. Desempeña cargos en el convento, predica, confiesa..., pero sin que nada especial haga notar que nos encontramos ante un hombre sobresaliente, singular.

Y, por fin, es enviado a las misiones —1750—, al corazón de la Sierra Madre oriental. Tiene nuestro fraile treinta y siete

años y... tampoco nada. Fue un buen misionero, como tantos otros, piadoso, humilde, sacrificado. Y así nueve años. Hasta que sus superiores le ordenan volver a México. Y a México vuelve para pasar siete años más, también anodinos, en su convento de San Fernando.

Hasta que a los cincuenta y cuatro años de edad, con una pierna enferma, le envían a lo desconocido. A misionar unas tierras incógnitas: la Alta California. Y ahí se descubre, rutilante, impresionante, la belleza de su alma, la santidad de vida, la intuición genial, las dotes de gobierno del evangelizador y civilizador de California.

Dificultades sin cuento son vencidas no se sabe bien si con una mansedumbre que superaba su tenacidad o con una tenacidad que aún era superior a su mansedumbre. Todo en él pasa a ser magnífico. Su amor a los indios, su piedad, su desprecio por su cuerpo y su salud, sus afanes fundadores. Todo. Y, al lado de fray Junípero, la labor de España. De sus autoridades, de sus soldados, de sus hombres... Era la última aventura de expansión de la fe y el Imperio de una España agonizante. Ya aparecían regalismos, despotismos, enciclopedismos adulterando el oro puro de la tradición anterior. ¡Qué bien lo narra Adro Xavier! Y cómo esas ideas serán estériles y acabarán con la obra de España.

Estamos ya ante el santo. Cuando le comunican que los indios habían asaltado la misión de San Diego y asesinado a fray Luis Jayme, fray Junípero, que tanto amaba a sus misiones y a sus misioneros exclamó:

—«Gracias a Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí que se conseguirá la reducción de los dieguinos».

No puedo ser más extenso. Sólo quiero añadir, como conclusión, el fervor de fray Junípero por un sacramento tal vez muy preterido: el de la confirmación. Dotado de facultades especiales para confirmar no escatimó esfuerzos ni sacrificios, hasta el día de su muerte, para que ni uno solo de los cristianos a él encomendados en condiciones de recibirla dejara de beneficiarse con su gracia. El apóstol de California fue también, en verdad, el apóstol de la confirmación.

Excelente libro el de Adro Xavier. Y estamos seguros que su próxima edición, por pronto que ocurra, no será ya de fray Junípero Serra sino del beato Junípero Serra, gloria de Mallorca, de España, de California y de la Iglesia.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA.